

La noria incesante de los premios

Posted on 23 de noviembre de 2026 by Ignacio Echevarría

El premio Planeta ha celebrado este año su 75 aniversario. Lo ha celebrado a bombo y platillo, como era de esperar, pues durante todo este tiempo ha conseguido convertirse no solo en un gran negocio sino, por encima de eso, en un acontecimiento cultural de enorme significación. Es imposible, a estas alturas, medir el impacto del premio en el sistema editorial español. Y no solo en el sistema editorial: también en el sistema literario y, aún más allá, en los hábitos de lectura de los españoles. La evaluación de este impacto depende, obviamente, del criterio con que se realice. En cualquier caso, más interesante que emitir juicios globales parece atender preliminarmente a ciertos aspectos concretos que permiten hacerse una idea de la complejidad del fenómeno y de sus efectos. Facilitará la tarea el hecho de que casi todo lo que se dice a continuación es materia consabida para cualquier lector mínimamente avisado.

-1-

El premio Planeta fue creado en 1952, ocho años después del premio Nadal (1944) y siguiendo la misma fórmula, consistente en convocar a concurso originales inéditos que son evaluados por un jurado escogido por la misma editorial que, además de conceder la distinción, se reserva la publicación del texto ganador. No hace falta ser muy suspicaz para

barruntar que una fórmula así da ocasión a todo tipo de tejemanejes. Que en su momento prosperara se debió a la indigencia cultural del franquismo, que algunos editores emprendedores optaron por contrarrestar creando plataformas de publicidad y divulgación de lecturas alternativas de las que promovían los cauces oficiales. Tanto el Nadal como —de manera más oportunista— el Planeta dieron una notoria visibilidad a autores no vinculados al régimen que, gracias a esos premios, gozaron de un prestigio crítico y de un favor popular que de otro modo les hubiera costado bastante más obtener. Se sentó de este modo, en los años más oscuros del franquismo, el precedente de que los galardones literarios concedidos por editoriales actuaran como un mecanismo de consagración desentendido de consignas políticas, más afín a los intereses e inquietudes de la sociedad de su tiempo.

Los premios literarios comerciales fueron, pues, fruto de una situación de excepcionalidad cultural que, en su momento, justificaba la anomalía de su fórmula. Pues es sin duda una anomalía que se conceda credibilidad a lo que, a todas luces, no deja de ser una operación comercial en la que un editor ejerce a la vez de juez y parte del libro que promociona. Solo en el contexto de una cultura resistencial, en la que la sociedad civil ensayaba vías por las que reconocerse a sí misma y hacerse oír entre la morralla retórica de un régimen autárquico, cabe explicarse el relieve que en su momento obtuvieron el Nadal y el Planeta, seguidos por otros como el Biblioteca Breve (1957) o el Alfaguara (1965). De todos ellos cabía esperar que se eclipsaran con mayor o menor rapidez a medida que la transición a la democracia permitió la normalización del mercado del libro, de la prensa libre y de la crítica. Pero, lejos de eso, permanecieron y proliferaron, ya sin la coartada de constituir una alternativa cultural. Lo cual deja bastante claro que fueron los intereses y las dinámicas del mercado los que desde un comienzo regularon la supuesta modernización y puesta al día de la cultura española en los años ochenta y noventa, décadas en que, conforme el Planeta consolidaba su hegemonía indiscutible, se crearon premios como el Herralde o el Primavera, y se refundaron —tras su «apagón» en los primeros setenta— el Alfaguara y el Biblioteca Breve, entre otros muchos.

Fue de este modo como en el sistema literario español se perpetuó la anomalía de los galardones comerciales concedidos por editoriales, que no tienen réplica en ningún otro país del mundo, como no sea en aquellos de Latinoamérica en que los grandes conglomerados editoriales españoles tienen importantes sucursales. De lo que se desprende que una estrategia comercial cuyo impacto cultural justificó la situación de excepcionalidad creada por la dictadura franquista ha terminado, ya en democracia, configurando el sistema literario en lengua española bajo el efecto distorsionador de esa otra excepcionalidad que supone la normalización de dicha estrategia, a pesar de las muy razonables objeciones que cabe plantear a su mecanismo.

Las consecuencias son evidentes. Cabe contar entre ellas:

-La usurpación del papel enjuiciador y regulador de la crítica por parte de los propios editores, que se erigen en agentes de consagración de los mismos libros que publican;

-La creciente y cada vez más descarada priorización de los criterios comerciales sobre los de calidad literaria;

-El sometimiento de la prensa cultural a la agenda y a las campañas publicitarias de los premios, con el correspondiente obviamiento de los pronunciamientos de la crítica y el desvío de la atención de otras novedades acaso más relevantes;

-La creciente consolidación y «canonización» de un tipo de escritor comercial especialmente atractivo para los promotores de los galardones, que por virtud de ellos acapara una visibilidad y una importancia generalmente desproporcionadas respecto al valor y al interés de su obra;

-La proliferación de prácticas depredadoras entre los editores, que se sirven de las distinciones y de los suculentos adelantos que comportan para «robar» autores a la competencia;

-La inflación artificial del caché de determinados autores por virtud de los premios obtenidos con anterioridad, no pocas veces sin que tales autores gocen del favor de la crítica ni tengan siquiera suficiente tirón comercial;

-La confusión y a menudo perplejidad entre una amplia franja de lectores que confían en la probidad de las distinciones y se dejan orientar por ellas;

-La confusión y a menudo decepción entre escritores inéditos que concurren a los premios confiados en la neutralidad de sus jurados;

-La confusión entre editores extranjeros que ignoran o no comprenden —por no existir en su país— el mecanismo de los galardones comerciales y se dejan engatusar por su palmarés; etc., etc.

-2-

Por mucho que ocasionalmente distingan libros y autores de valía, el funcionamiento de los premios literarios comerciales es, desde su origen mismo, cuestionable, por decirlo suavemente. Para que no lo fuera, el jurado debería estar constituido de manera imparcial, y

no en atención a las simpatías o los cálculos del propio editor. Y ese mismo jurado debería participar o, al menos, controlar el proceso de selección de los originales que se someten a su deliberación, cosa que nunca ocurre porque los encargados de ello son lectores escogidos por la propia editorial. Por último, ni el editor ni ningún representante suyo debería estar presente en las deliberaciones del jurado.

Ninguno de los galardones literarios comerciales que en España convocan las editoriales cumple estos requisitos. Muy al contrario, la mayor parte de ellos cuentan en la actualidad con jurados más o menos cómplices, a cuyo juicio y fallo se someten originales tendenciosamente preseleccionados, entre los que a menudo se cuelan manuscritos de autores con quienes previamente se ha pactado —con ellos mismos o con sus agentes— que concurran al premio, ofreciéndoles más o menos garantías de que lo obtendrán o de que, en el peor de los casos, quedarán finalistas. Para lo cual no tienen siquiera que recomendarlos al jurado: basta que los originales que compiten con el del autor sean obviamente inferiores.

No hay que hacer caso de las ofendidas reacciones de algunos editores a las acusaciones de que manipulan los premios que convocan: son puro teatro. Y si no lo son, se debe a que han interiorizado hasta tal punto la aberrante lógica de esos galardones que han terminado por encontrarla natural y compartirla, lo cual no dejaría de ser preocupante.

En cualquier caso, hace ya mucho que ha pasado el momento de escandalizarse por un estado de cosas del que los editores son, a estas alturas, los menos responsables. Pues, ¿cómo reprocharles que, para vender más, se sirvan de una estrategia que se ha mostrado tan eficaz?

Ocurre que, por poco que las cosas salgan medianamente bien, la convocatoria de un premio literario aporta al editor un cierto carisma, y que, sin necesidad de exagerar la dotación económica (pues, ¿quién va a competir con Planeta?), el gasto que conlleva su organización suele quedar rentabilizado por la cobertura publicitaria que tanto la editorial como el autor y el libro distinguidos obtienen gratuitamente.

Se llega por aquí al meollo de la cuestión: el éxito de la fórmula se basa, antes que nada, en la desinteresada complicidad de una prensa cultural que, desentendiéndose del carácter anómalo y más que presuntamente fraudulento de dicha fórmula, se vuelca a la hora de darle publicidad, propagando como noticia relevante lo que a todas luces no es otra cosa que un suculento cambalache. Quede claro: solo la connivencia de los medios de comunicación y de la prensa cultural con la tramoya de los premios literarios comerciales explica la fortuna de los mismos.

Cabe comparar la forma que tienen los medios de comunicación españoles de tratar la «noticia» de los galardones con la que —temerosos de despertar las suspicacias de los niños— emplean en las fiestas navideñas para dar noticia de la visita de los Reyes Magos de Oriente y las correspondientes cabalgatas a que dan lugar. En unas y otras ocasiones emplean la misma condescendencia hacia el público a la hora de fingir que no se dan por enterados de la verdad. El símil aprovecha el hecho de que, cada año, el premio Nadal se falle y se haga público la noche de Reyes. Pero la misma hipocresía se repite cada año en la festividad de Santa Teresa, el 15 de octubre, en que supuestamente el jurado «falla» el Planeta, aun cuando en no pocas ocasiones se ha filtrado quién es el ganador días, semanas y hasta meses antes.

¿Por qué el periodismo cultural acepta gratuitamente actuar de comparsa de los grandes y medianos premios comerciales? ¿En beneficio de qué o de quién? No se adivinan respuestas convincentes a estas preguntas, como no sean el colegueo y la oportunidad de participar en los fastos correspondientes. Una especie de «corrupción» de baja intensidad. A quien objete que, en definitiva, los galardones, legítimamente o no, han terminado por ser en efecto una noticia de interés público, cabría replicarle: ¿y no sería una noticia más acorde con el interés público y con los fines declarados del periodismo destapar los manejos, las componendas y los trapicheos de los premios?

Pero los periodistas no son los únicos responsables del relieve que actualmente tienen las distinciones comerciales. Todo el tejido cultural del país ha terminado por hacerse cómplice, bajo las más variadas coartadas, de la estafa que suponen.

Escritores y agentes culturales de toda laya —críticos, académicos, reporteros— aceptan sin remilgos participar como jurados en premios obviamente manipulados. Avalan con su nombre y su prestigio libros con frecuencia infames, desentendiéndose de la responsabilidad que, al obrar con esta negligencia, contraen de cara a una masa de lectores todavía sorprendentemente amplia que sigue sin caerse del burro.

Y luego están los escritores que, ya sea por llamado de los editores o por iniciativa de sus agentes, concurren a los galardones en condiciones amañadas y, con todo cinismo, fingen sorpresa y gratitud por haberlos recibido.

Por último, habría que señalar a los mismos lectores, que parecen aferrarse a su propia inopia y no darse por enterados de los muchos indicios que por sí solos desvelan la falsedad del tinglado de los premios. ¿O es que no les da que pensar que los obtengan siempre escritores ya afamados? ¿O es que no les parece sospechoso que el libro ganador salga al mercado a los pocos días de haberse fallado el premio, sin que sea materialmente posible

que haya sido compuesto e impreso en tan poco tiempo? Parece más probable que esos lectores hayan concluido que si los editores apuestan tan fuerte por ese libro ganador será porque reúne los suficientes méritos y alicientes para ello, con independencia de lo que diga la crítica.

¿Y esos cientos de incautos que, inasequibles al desaliento, envían un año tras otro sus originales a concurso, a sabiendas de que, no siendo conocidos de nadie, es del todo improbable que lleguen a ser siquiera finalistas? Dejando aparte la irredimible candidez de unos pocos, la única explicación de que obren así es que, desconocedores del funcionamiento del mundo editorial, y huérfanos de agente y sin nadie que los oriente, estiman que presentarse a un certamen no deja de ser, para ellos al menos, la única vía a su alcance para conseguir que, si no el jurado, al menos alguien dentro de la editorial reciba su texto sin rechazarlo automáticamente, echándole acaso un vistazo y… ¿quién sabe?

-3-

El panorama descrito hasta aquí es en buena medida producto del éxito fenomenal del premio Planeta, el «milagro español», como lo calificaba recientemente Jesús Badenes, director de la división editorial del grupo (consiguiendo una vez más que toda la prensa cultural copiara el dictado en titulares). Un éxito que, sostenido sin desfallecimiento a lo largo de setenta y cinco años, ha terminado por servir no solo de justificación, sino también de patrón para casi todos los galardones comerciales que se han creado después, incluido el más veterano premio Nadal, que concede una editorial, Destino, perteneciente en la actualidad al grupo Planeta.

A la última edición del Planeta han concurrido, según los propios editores, 1.424 manuscritos. Al decir de José Crehueras, presidente del grupo, las obras premiadas en todos estos años han superado conjuntamente los 47 millones de ejemplares vendidos. «Si los dividimos por las 74 ediciones, tenemos unos 635.000 libros vendidos por año».

Estas cifras explican de sobra que, con el correr de los años, el premio haya ido aumentando su dotación hasta alcanzar la cifra récord de un millón de euros para el ganador, la cantidad más alta alcanzada por certamen literario alguno. Solo la ha igualado, muy recientemente, el premio Aena, de dudosa continuidad, en lo que constituye una demostración flagrante del tipo de influencia que emite el Planeta, en este caso sobre la alicorta imaginación de ejecutivos con delirios de mecenas, dando igual que estén al frente de una empresa pública.

Fue sin duda el éxito del Planeta lo que decantó la institución de los galardones literarios comerciales como productos de mercadotecnia, subvirtiendo su argumentario con razones

que ya no invocaban criterios de calidad, de resistencia cultural, de exigencia, de apertura y visibilidad de voces nuevas, etc., sino que apelaban al fomento de la lectura y a la recluta de nuevos y cada vez más numerosos lectores-compradores. Desde este punto de vista, la estrategia no podía dar mejores frutos. En un país con un índice de lectura muy inferior a la media europea, el Planeta no ha dejado de dilatar y consolidar un asombroso fenómeno anual: la compra del mismo por decenas de miles de… ¿lectores?

Aquí es donde cabe abrigar algunas dudas. Pues comprar un libro no supone necesariamente leerlo. El gran logro del Planeta ha sido convertir el libro ganador del premio en el libro de referencia para una gran masa de la ciudadanía que, sin real afición a la lectura, también sin herramientas para discriminar qué libro merece o no la pena leer, compra automáticamente ese libro ganador para regalar a amigos o familiares, o para cumplir mínimamente con el imperativo cultural de acreditarse como lector. A falta de mejor orientación, y puesto a llevarse de vacaciones un libro, para que no se diga, ¿qué mejor que escoger ese del que todo el mundo habla y cuyo afamado autor, además de salir en televisión, en la prensa y la radio, hace un *tour* por las librerías de toda España —y Latinoamérica— para firmar ejemplares?

No es poca hazaña, por parte del Planeta, haber conseguido que el libro ganador del certamen venga a ser el libro fetiche de la temporada. Ningún otro galardón se acerca ni de lejos a este objetivo. Pero en este punto importa disociar el fenómeno comercial del fenómeno cultural. Pues no cabe presumir que haya tantos lectores del premio Planeta como compradores de los libros que lo han obtenido. Y aun si fuera así, tampoco cabe presumir que leer un libro al año, poco menos que coaccionado por la presión publicitaria que mueve a comprarlo y formarse un juicio propio sobre él, acredite a nadie como lector ni siquiera aficionado.

¿Fomento de la lectura? Planteada la cuestión en estos términos, el éxito del Planeta no admite discusión ni reproches: los números hablan por sí solos.

Distinto es si la cuestión se lleva al campo de la literatura, en el que existe todavía una escala de valores que invita a juzgar preferibles unos libros sobre otros, unas lecturas sobre otras. Ya no se trata aquí solamente de leer, sino de qué leer, y de aceptar que existen lecturas poco recomendables en la medida en que, en el nivel de la lengua como en el de los contenidos, perpetúan clichés y abonan el mal gusto, cuando no la crasa imbecilidad.

No se trata en absoluto de la vieja dicotomía entre literatura popular y literatura culta. Se trata más bien de una tercera categoría que se sustrae de esas dos: la de literatura comercial, producto directo y en buena medida industrializado de lo que cabe entender por

cultura de masas.

En cuanto galardón literario, el Planeta posee un patrimonio bastante mediocre. Por grande que sea el renombre de los autores que lo han obtenido, entre los libros premiados apenas cabe contar media docena de novelas más o menos relevantes, ni para la historia literaria ni en la trayectoria de los respectivos autores. Distinto es si las cosas se consideran desde un punto de vista sociológico.

Tiene interés, en este punto, revisar muy sumariamente la lista de los autores premiados. El Planeta comienza su andadura tras los pasos del Nadal, si bien con la tendencia a rebajar la exigencia literaria con vistas a conseguir una mayor aceptación por parte del público. Resulta muy ilustrativo comparar los autores premiados por el Nadal y por el Planeta con la perspectiva de varias décadas por medio. Con los manuales de literatura en la mano, el palmarés del Nadal, al menos hasta la década de los setenta, gana por goleada al Planeta en cuanto a notoriedad y relevancia de los libros y escritores distinguidos. Así es aun teniendo en consideración algunas ediciones del Planeta especialmente certeras, como la del año 1954, en que obtuvo la distinción Ana María Matute, quedando finalista Ignacio Aldecoa, o las de los años 1967 y 1969, en que resultaron premiados Ángel María de Lera y Ramón J. Sender, respectivamente.

Con nombres como los de Carmen Laforet, Miguel Delibes, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaite, Ramiro Pinilla, Álvaro Cunqueiro o Jesús Fernández Santos, premiados por el Nadal, el Planeta compite con una lista respetable pero bastante menos canónica, en la que se cuentan nombres como los de Carmen Kurtz, Emilio Romero, Torcuato Luca de Tena, Concha Alós, Mercedes Salisachs o José María Gironella. A partir de 1958, irrumpe en la carrera el Premio Biblioteca Breve, que durante quince años adelanta al Nadal y al Planeta distinguiendo a autores como Luis y Juan Goytisolo, Juan García Hortelano, Juan Marsé, José Manuel Caballero Bonald y Juan Benet, a los que suma los de algunos de los más destacados representantes del *boom* de la literatura latinoamericana, como Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Guillermo Cabrera Infante.

Hasta la muerte de Franco, en 1975, el Nadal, el Planeta y el Biblioteca Breve parecen estar repartiéndose el pastel de la narrativa española, con el Planeta como meritorio furgón de cola en lo relativo al prestigio literario.

Tras la muerte de Franco, y a punto de emprenderse el proceso de transición a la democracia, los responsables de Planeta parecen reconsiderar la situación y, con una perspicaz visión de lo que está por venir, dan un sorprendente giro a la estrategia del certamen. Nadie ignora por entonces las afinidades de José Manuel Lara, el dueño de Planeta,

con el régimen franquista, lo que no deja de ser un lastre para la continuidad de un premio que tenía a gala sintonizar con la cada vez más amplia franja de la clase media, ahora movilizada por un horizonte de cambio y de normalización democrática que abocaría al triunfo arrasador de los socialistas en 1982. Adelantándose a los acontecimientos, el premio se sacude la caspa y en 1976 premia a dos escritores de neta militancia antifranquista: Jesús Torbado (ganador) y Alfonso Grosso (finalista). En 1977 gana la distinción nada menos que Jorge Semprún; en 1978, Juan Marsé; el 1979, Manuel Vázquez-Montalbán…

La apuesta del Planeta fue todo un órdago. A golpe de talonario, se zafó de la sombra del Nadal y del Biblioteca Breve (cuya primera etapa concluye en 1973) y en unos años clave atrajo no solo a autores muy significados de la izquierda cultural, sino también a un representante de la élite más selecta y exigente como es Juan Benet, que en 1980 concurrió al certamen con la más «blanda» de sus novelas, *El aire de un crimen*, a pesar de lo cual el jurado la relegó al puesto de finalista.

Esta operación de lavado y de puesta a punto del premio, realizada con enorme audacia y ambición, había de tener sobre la llamada Cultura de la Transición un efecto profundo y prolongadísimo. En un momento clave para la reconfiguración cultural del país, disolvió —a golpe de talonario, valga repetirlo— las aprensiones que era de esperar que despertase un sello editorial alineado con el régimen (José Manuel Lara: «Yo he sido franquista, y lo seguiré siendo toda mi vida») y reclutó a escritores referenciales de la resistencia cultural al franquismo para que avalaran con su participación un tinglado comercial que a esas alturas apenas disimulaba su mecanismo descaradamente fraudulento.

Parecía como si a nadie le importara gran cosa actuar de comparsa en una bien orquestada engañifa y prestar su figura para ceremonias en que habían de codearse con viejos jerarcas y grandes empresarios. Para salvar la cara, unos y otros adoptaban con cinismo, a la hora de recibir el galardón, una fraseología ecuménica que —en la línea de las políticas culturales del socialismo rampante y su concepción de la cultura como fiesta— consagraba la literatura como un espacio de encuentro y de reconciliación, e insistía en que lo importante es vender muchos libros y llegar a muchos lectores. Como si el fomento de la lectura fuera un fin en sí mismo y nada tuviera que ver con la creación de una ciudadanía culta, crítica y emancipada.

Ya entrados los ochenta, cumplida con indudable éxito la operación, y consolidada su hegemonía como el gran premio entre los premios, el Planeta ha ido atrayendo a sus filas a casi todo escritor de relieve —da igual a qué orientación ideológica o a qué liga literaria pertenezca— capaz de ofrecer un perfil comercial, así sea al precio de entregar para la ocasión su libro menos ambicioso. Lo obtienen en alternancia figuras y figurones de la más variada especie, desde un Nobel como Camilo José Cela a una presentadora de televisión

como Sonsoles Ónega. Al premio ya no le hace falta acreditarse en ninguna forma y juega todas las cartas.

Que se hayan presentado a él escritores como Antonio Muñoz Molina y Mario Vargas Llosa parece conjurar todo escrúpulo a la hora de concurrir al Planeta, y es obvio, entretanto, que es la propia editorial la que sale en busca de sus premiados. El perfil del posible ganador es tan elástico que a fin de cuentas solo cabe esperar que el Planeta llame a tu puerta. Que lo haga significa que reúnes las condiciones deseables para, al amparo del galardón, vender decenas de miles de ejemplares. Y dadas las ganancias que ello supone, ¿a quién le importa la compañía en la que se ve envuelto?

Así las cosas, el Planeta, paradigma de todos los premios comerciales que conceden las editoriales, encarna el triunfo de la indistinción cultural y el imperio de las leyes del mercado en los tráficos literarios y en los circuitos de consagración. En tiempos de guerra cultural como los que corren, el Planeta ilustra como pocos fenómenos, al menos de cara al grueso de la sociedad, la derrota de la cultura entendida como herramienta de insubordinación y resistencia al orden constituido, y la victoria aplastante de los dueños del poder económico.

De esto último ofrece un testimonio patente la gala del Planeta, presidida de un tiempo a esta parte por el rey de España, y a la que acuden tan campantes los representantes de la política española, como si no fuera con ellos el hecho de que su presencia avala una ceremonia impulsada con fines abiertamente comerciales por un gran grupo editorial cuyas prácticas empresariales son las propias de los grandes conglomerados y que sustenta medios ideológicamente muy significados.

Como acuden tan campantes tantos escritores que no parecen concernidos por el hecho de que, bajo la bandera del fomento de la lectura, un galardón como el Planeta viene allanando desde hace ya mucho todo criterio discriminador de lo que se entendía hasta hace poco por literatura, ya fuera culta o popular.

Resignarse a que el libro que uno ha escrito sea leído y celebrado de la misma manera y por los mismos lectores que el de Luz Gabás y Juan del Val, y colocado luego en el mismo anaquel, no carece de consecuencias, ni para uno mismo ni para el significado de lo que representa escribir —y leer—.

Hace ya varias ediciones que no pocos de los libros premiados por el Planeta vienen a ser homologables, por no decir francamente peores, a los que escribe la IA, de la que el premio se jacta de protegerse. Será porque, para sostener todo este tinglado, sigue haciendo falta, de momento al menos, un figurón que actúe de reclamo, no por otra razón.

Resultaba conmovedor hasta la risa oír a Isabel Allende, la última ganadora del premio, responder a la pregunta de si alguna vez ha empleado ella misma la IA: «Lo hice una vez para probar y casi me muero del horror. Te sale con unas cursiladas que no te puedes imaginar».

Ignacio Echevarría es filólogo, editor y crítico literario. Ha coordinado la Biblioteca Universal de Círculo de Lectores y la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española. Sus últimos libros son *Algo que hacer. Artículos y apuntes reunidos* (Editorial Revista Contexto, 2024), *El nivel alcanzado. Notas sobre libros y autores extranjeros* (Debate, 2021).

* Las opiniones expresadas en los textos son responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente la postura ni la línea editorial de *Revista de Libros*.